

MIRAR(NOS): Ni tan perfecto ni muy cuadrado

24/07/2015



El sexo es la única guerra donde se duerme con el enemigo

Incluso con los ojos cerrados, siempre es más fácil desandar el camino conocido. Premoniciones que nunca llegamos a comprobar nos hacen suponer que es mejor quedarnos en status quo antes de probar algo nuevo. Estructuralmente, tememos al cambio, y a lo largo de todas nuestras vidas ¡tantas veces miramos con recelo al pasado pensando en lo que pudo haber sido!

Seguramente Usted como yo conoce personas que de muchas maneras han sido violentadas a lo largo de sus vidas. Los años pasan y prefieren callar, tragar en seco, so pena de encontrarse al final de la vereda algo mucho peor que su realidad más inmediata. No me circunscribo a las relaciones sentimentales porque también ocurre en centros de trabajo, en la vida en su conjunto.

Del mismo modo hay gente que vive en estado zen. Sumidos en su miseria, no levantan la vista para mirar a su alrededor. No lo hacen por orgullo, el orgullo quizás pudiera estar justificado. Se quedan allí, en una esquina de la oficina sin interferir en lo que no les concierne directamente porque hasta en los huesos les carcome la peor de todas las epidemias: el temor.

La gente tan reducida a la menos nada no decide ni el menú de lo que se come en su casa. Algunos terminamos por adaptarnos a esa limitación de pensamiento-acción, pero atormenta su mute descontrolado, pareciera indolencia aunque absolutamente: no lo es.

En este mundillo terrible de preguntas, respuestas, de sofoco perenne tras una primicia es absolutamente normal que las catarsis lleguen a modo de crónicas o de cualquier otro de los géneros interpretativos. Mis amigos periodistas justificarán mi siguiente exclamación. ¡Qué suerte este don de hilvanar ideas más o menos coherentes! Termina funcionando como un recurso del método, como una vía de escape, como un grito que se dicta al teclado.

El tortuoso camino hacia el desahogo emocional, por supuesto, varía en dependencia de cada cual, pero el miedo, la incertidumbre y su prima hermana la duda son absolutamente humanas. Tan naturales como sonreír o tomar agua, tan o más cotidianas acaso como la salida del sol o la llegada del nuevo día, para no pecar de absoluta.

Yo podría decir que es un tanto más penosa la causa de quiénes temen a la controversia. No ella entendida como el verso improvisado entre dos avezados decimistas. No. Me refiero al derecho universal de todo ser humano a replicar, a levantar su mano si no está de acuerdo y, si bien no con el propósito marcado de generar polémica, declarar sin segundas lecturas su desagrado.

Cuando dos personas, del sexo que sean, deciden unir sus vidas en santo matrimonio están precisamente uniéndose. Es como si tuvieras un tubo de ensayo con una sustancia química determinada y lo mezclaras con otra. No hay que ser experto para saberlo: se ha formado un nuevo compuesto. A partir de las características individuales se ha formado algo nuevo, a lo mejor no algo bueno ni tan saludable pero algo nuevo, eso es seguro.

Entran al ruedo dos familias diferentes y por lo mismo dos maneras distantes de ver la vida. De sabios sería entonces procurar la búsqueda de un punto medio, y esto no significa que una de las partes deba ceder. La gente confunde, a menudo lo hacen, tolerancia con humillación, con aguante desmedido e incluso con dejar pasar duras y maduras.

Nada es solo blanco ni solo negro, las situaciones no son buenas ni malas. Desde esta esquina les digo... todo tiene matices incluso lo que ya das por muerto puede tener alguna solución ni tan escondida ni tan negada a los humanos comunes.

Porque suele pasar, después de muchos años, a lo mejor cuando la madurez te alcanza percibes que se trataba de ser un poquito más condescendiente porque lo que tienes ahora, al otro lado de la cama, no es tan perfecto o quizás no tan cuadrado.